



Problemas psicológicos del mexicano contemporáneo

DR. ALFONSO MILLÁN

PARA HABLAR de problemas psicológicos del mexicano contemporáneo, es indispensable precisar algunos conceptos concernientes al psicoanálisis humanístico. Desde luego, los de salud mental y de problema psicológico, están íntimamente ligados al que se tenga de la naturaleza del hombre.

Definir a la salud como la ausencia de enfermedad, no es suficiente. Inclusive la definición de la Organización Mundial de la Salud, que habla de un estado de bienestar físico, mental y social, tampoco basta, y el humanista no la puede adoptar, ya que el bienestar o el sentirse bien, puede experimentarlo un enfermo mental grave, como el psicótico, o una persona conformista, sumisa y enajenada de sus propias potencialidades humanas. Por ello, el psicoanálisis humanístico considera que si bien la salud y el equilibrio mentales, implican la ausencia de enfermedad, requieren además y de manera igualmente importante, que las necesidades específicamente humanas, que se generan en las condiciones propias a la situación humana, se encuentren satisfechas en determinado sentido.

Estas necesidades son las de relación, de trascendencia, de arraigo; de tener un sentimiento de identidad y un marco o cuadro de orientación y devoción.¹ El hombre no las comparte con los animales y no están enraizadas en las diversas fases de los instintos o de la libido, como afirmaba Freud; tampoco corresponden a procesos somáticos particulares, es decir, no hay un *substratum* fisiológico o somático para las necesidades de relacionarse, de pertenecer a un grupo, de tener un sentimiento de identidad, etc., sino que son consecuencia de la situación del hombre entre las especies vivas; son necesidades de la persona, de la totalidad y son también resultado de la extraordinaria evolución del sistema nervioso central, que en el hombre llega a grados de desarrollo, complejidad y funcionamiento, completamente específicos.^{2, 3}

El hombre tiene así capacidades de lenguaje, imaginación, creatividad, conciencia de sí mismo, razón, capacidad de fe y de devoción, de convicciones y con ellas, que son resultado de su evolución biológica, ha de resolver las

contradicciones fundamentales de su naturaleza y las necesidades psíquicas que de ellas surgen. Debe resolverlas de un modo u otro, pues si no lo hace, enferma o se desequilibra, del mismo modo que debe satisfacer sus necesidades fisiológicas fundamentales para no morir. La satisfacción que dé a sus necesidades humanas, será siempre muy complicada y dependerá de muchos factores, no siendo los menos importantes los relativos a la sociedad en que viva, a las condiciones económicas y culturales y al tipo de relaciones entre los hombres y mujeres, que determina esa sociedad.

Se concibe, pues, al hombre como una entidad biosicosocial, lo que quiere decir que tiene necesidades y funciones biológicas, psicológicas y sociales y que su salud puede alterarse por la enfermedad o el mal funcionamiento en cualquiera de esos sectores; pero conviene insistir en que ellos forman una entidad total, global, la de la persona. Esta, lo mismo puede sufrir alteraciones tisulares u otros trastornos como la psicosis funcional o la neurosis clásica o finalmente afectarse en lo social. En este trabajo habrá de discutirse específicamente lo que el psicoanálisis humanístico llama "defectos socialmente modelados", que constituyen en realidad los problemas del hombre dentro de una sociedad dada: ése es el tema, el de los problemas psicológicos, o mejor dicho, psicosociales, del mexicano contemporáneo, en la sociedad actual.

Las formas como el hombre resuelve aquellas contradicciones específicas de su naturaleza y cómo satisface sus necesidades psíquicas, humanas, cambian según las sociedades, las culturas y las condiciones económicas, y corresponden a diferentes grados de salud mental. Por ejemplo, la necesidad de relacionarse, puede satisfacerse de un modo simbólico o enajenado y en esa forma se pierden la independencia y la integridad; si el hombre permanece enraizado incestuosamente en la naturaleza, en la madre, en la familia o en el clan, tampoco puede ser independiente, ni puede desarrollar su individualidad, su autonomía, ni su razón. Y se comprende también que en esas condiciones su sentimiento de identidad no estará basado en sus propias fuerzas, en lo que es él mismo, sino que se basará en el grupo a que esté fijado y del cual dependa. Si, por otra parte, se afirma que la independencia, la espontaneidad, la autonomía, la libertad y el desarrollo de la razón, de la capacidad de amar, de la creatividad y de la productividad (en el sentido de hacer producir todas las potencialidades del hombre), son metas del equilibrio mental que debe alcanzar todo ser humano, entonces, quienes no las alcancen, o ni siquiera se lo propongan, tendrán problemas psicológicos o defectos cuya gravedad dependerá de la importancia que se dé a las metas por alcanzar. Ahora bien, si la mayoría de los miembros de una sociedad no alcanzan esas metas, ni las buscan, el psicoanálisis humanista habla de un "defecto socialmente modelado". En este caso, el sujeto lo comparte con prácticamente todos

los demás y por lo mismo, no lo considera como un defecto; se cree adaptado a su sociedad y no aspira a cambiarla; pero el concepto de adaptación social no puede ser un criterio válido para definir la buena salud mental y, por el contrario, una sociedad sana sería aquella que se adaptase a las necesidades básicas del hombre, o sea, una sociedad que impulsara el desarrollo de la salud mental.⁴ Una sociedad así desarrollaría la capacidad del hombre para amar a los demás, la capacidad para desarrollar su razón y su objetividad, para crear, para tener un sentimiento de identidad basado en sus propias fuerzas y acciones.

El concepto de salud mental tampoco puede ser, pues, la analogía pura y simple del concepto de adaptación biológica; y esto se debe a que la evolución del hombre actual es el resultado de los desarrollos socio-culturales y no de cambios orgánicos o biológicos; pero también el desarrollo de la sociedad y de la cultura es indispensable para el desenvolvimiento humano o sea, hay una relación dinámica y dialéctica entre hombre y sociedad y viceversa. Fromm, cuyos conceptos hemos venido sintetizando, dice que la salud mental se caracteriza por la capacidad de amar y de crear; por la liberación de los vínculos incestuosos del clan y del suelo; por un sentimiento de identidad basado en el sentimiento de sí mismo como sujeto y agente de las propias capacidades; por la captación de la realidad interior y exterior a nosotros; es decir, por el desarrollo de la subjetividad y de la razón.^{1, 4} Este concepto coincide en lo esencial con lo postulado por los grandes maestros espirituales de la humanidad y queda muy lejos de lo que haría suponer el definir la salud mental por la sola ausencia de enfermedad o por la adaptación. Después de lo anterior quizá pueda comprenderse mejor por qué el concepto de salud mental es tan amplio que se confunde con la esencia misma del humanismo.

Antes de estudiar los problemas psicológicos del mexicano contemporáneo, conviene exponer el concepto de *carácter social*, lo que permitirá comprender mejor el de "defecto socialmente modelado". No hay sociedad en general, sino estructuras sociales específicas que funcionan sobre los individuos, de maneras determinadas; estas estructuras cambian en el curso del tiempo, pero se mantienen relativamente fijas en un período dado; y por otra parte, un tipo dado de sociedad sólo puede existir si funciona dentro de su marco particular. Los individuos (y las clases sociales) tienen que comportarse en el seno de su sociedad, de manera que puedan funcionar en el sentido que la sociedad requiere. Es decir, han de querer obrar como tienen que obrar, encontrando placer en obrar como lo requiere esa sociedad; y así, por diferentes y variados mecanismos, el miembro de una sociedad llega a obrar, pensar y sentir, no porque decida en cada caso, de manera consciente, si ha de seguir o no la norma social. La sociedad moldea y canaliza la energía hu-



mana; es decir, forma el carácter de sus miembros, a fin de que esa sociedad pueda seguir funcionando. Lo que el humanismo llama carácter social, es el núcleo de la estructura de carácter, compartido por la mayoría de los individuos de la misma cultura o sociedad, a diferencia del carácter individual, que es propio a cada uno de los individuos pertenecientes a la misma cultura. La familia y la escuela son las agencias psicológicas de la sociedad para transmitir las pautas sociales; para el éxito de esa transmisión, lo más importante es el carácter mismo de padres y maestros, y no tanto el método que usen. La prensa, la publicidad comercial, la radio, el cine, la televisión, etc., también son agencias transmisoras, que proponen metas de vida, valores sociales, modos de vivir y sentir, etc. Ellas a su vez son consecuencia o están determinadas por los métodos de producción y de distribución, los tipos de propiedad, las técnicas industriales, las materias primas, el clima, el volumen de la población, los factores políticos, las tradiciones e influencias culturales, etcétera.

Por otra parte, desde Freud se considera el carácter como un sistema de fuerzas o impulsos, de energías subyacentes a la conducta, pero no idénticos a ella; los modos de obrar, sentir y pensar del hombre, no son en general respuestas racionales a situaciones reales, sino que están determinados por motivaciones inconscientes, por fuerzas de las que el sujeto no tiene advertencia. Los rasgos del carácter no están aislados unos de otros, sino que forman una estructura dinámica, un síndrome que se exterioriza en las maneras particulares de asimilar los objetos del mundo exterior y de relacionarse con los demás y con uno mismo. La adaptación dinámica a los requerimientos sociales, permite que la energía humana se estructure en formas capaces de convertirla en incentivos de acción, adecuados a las necesidades socioeconómicas. La adaptación dinámica es aquella que produce cambios en el individuo, en su estructura y, como ya se dijo, dicha adaptación no implica, de ningún modo, que sea para bien, es decir, que sea sana.

El carácter social predominante en la sociedad capitalista más industrializada del mundo, ha sido descrito por Fromm como carácter mercantil.⁵ Demuestra Fromm, cómo la organización industrial del trabajo ha ido enajenando al hombre cada vez más, de sus propios valores humanos, haciéndole experimentarse a sí mismo como vendedor y como mercancía, de manera que su autoestimación depende de condiciones fuera de su control; si tiene éxito es valioso y si fracasa no vale nada, lo que produce un grado importante de inseguridad y además, si las vicisitudes del mercado son determinantes acerca del valor de uno mismo, se destruye no sólo la seguridad sino también la dignidad y el orgullo; en las relaciones interpersonales, predomina el cambio, y han de desarrollarse aquellas cualidades que puedan venderse mejor, ser oportunistas, no tener principios ni valores, inconsistente, etc.

Pero además, la naturaleza del trabajo mecánico, en serie, con máquinas, enajena también a los hombres, de sí mismos y de los demás; todos deben trabajar, el hombre tiene que ser disciplinado, tener hábitos de trabajo, puntualidad, etc.; pero no trabaja así ni con esas finalidades, porque se le oblige desde el exterior, sino que se siente arrastrado a trabajar así por una compulsión interior. En vez de obedecer a autoridades manifiestas, se ha construido, inconscientemente, ciertas funciones internas —la conciencia y el deber— que lo fiscalizan con mayor eficacia de la que pudiera tener cualquier autoridad externa. Su intenso anhelo por trabajar, se arraiga en necesidades y condiciones específicamente humanas; en la angustia existencial; en el miedo a la soledad; y en la naturaleza biopsicosocial del hombre, que le hacen necesario asimilar los objetos del exterior, relacionarse con los demás y consigo mismo, amar, trabajar, crear; y le impulsan a encontrar soluciones a las contradicciones propias de su naturaleza. Puede adelantarse aquí que aunque el mexicano, como ser humano, tiene las mismas necesidades y condiciones, su actitud frente al trabajo difiere porque los determinismos dinámicos de su sociedad le impulsan a trabajar sólo cuando es necesario, y a veces sólo cuando tiene ganas, no siendo impulsado por otras fuerzas adicionales de su estructura caracterológica. Los mecanismos psicodinámicos individuales y sociales son los mismos, pero el contenido cultural e ideológico y las condiciones socioeconómicas son diferentes. No es posible extenderse aquí sobre los daños que para la salud mental del hombre acarrea la sociedad muy industrializada del capitalismo moderno, por lo que se sugiere la lectura de la obra *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*, de Fromm.⁴

La mexicana no es aún una sociedad industrializada, pero se desarrolla cada vez más en ese sentido. Los problemas psicológicos del mexicano contemporáneo son, pues, los que le plantea el cambio. Vive actualmente en una sociedad dual, es decir, tradicional, agraria y semifeudal con las peculiaridades de su cultura por una parte, y por la otra, los de la industrialización en desarrollo. Por lo mismo, el mexicano contemporáneo es a la vez síntoma de esa sociedad en transición y víctima de la misma, lo cual se expresa en el carácter social o personalidad básica predominante en México; pero no difiere del resto de los hombres respecto a las necesidades específicamente humanas, derivadas y connaturales de la existencia humana misma, ni escapa a las contradicciones que son inherentes a la naturaleza del hombre. Sólo difiere porque en su búsqueda de solución a los problemas y necesidades universales del hombre, intervienen factores históricos, socioeconómicos, políticos y culturales que le son propios y que comparte en gran medida con las demás naciones latinoamericanas.

Aparte de las necesidades de cambiar de sistemas, pautas sociales, etc., el mexicano contemporáneo enfrenta otros problemas propios de los países



en desarrollo y que economistas y sociólogos han comentado ampliamente. Por ejemplo, Flores Olea⁶ señala que las sociedades industriales de hoy jamás recibieron el impacto de economías más desarrolladas o adelantadas, que hubieran impulsado sistemática y artificialmente ciertos "polos" en detrimento de otros, como ha sucedido en los países en desarrollo.

El desarrollo industrial de México no es el resultado de un proceso nacional más o menos gradual. Los desarrollos industriales se han verificado por sectores o polos, con miras a la exportación y no al consumo interno y con capitales en su mayoría extranjeros; a esto se agregan otros hechos: las transformaciones estructurales se realizaron en un período histórico extraordinariamente corto, en treinta años, forzadas por la crisis norteamericana de 1929, y al mismo tiempo, hay en México un crecimiento explosivo de la población. Así, la formación de un sector industrial se presenta como una superposición sobre la estructura tradicional, que es una estructura agraria y semifeudal.

Por otra parte, en México se ha presentado, junto con la explosión demográfica, la emigración del campo a la ciudad, pero entre nosotros, urbanización no es sinónimo de industrialización. Un estudio de la CEPAL⁷ indica que en América Latina "el crecimiento urbano ha precedido a la industria". La población total aumentó en 20 millones de 1910 a 1960, siendo la población rural el 82% en 1910 y el 60% en 1960, lo que implicó que la población urbana cambió del 18% en 1910, al 40% en 1960. Además el 79% de la población activa estaba en el campo en 1910, y se redujo al 66% para 1960. Entre 1940 y 1960 la fuerza de trabajo industrial pasó del 13.8% al 15.5%, aunque la cuota de servicios aumentó del 16 al 22%.

Por su parte, Horowitz⁸ señala que el movimiento desde el ruralismo al urbanismo es, para la masa de la población, una cuestión de emancipación. Las mujeres son emancipadas de las obligaciones domésticas; los niños son emancipados de la fuerza laboral; los trabajadores son emancipados de las incertidumbres y tiranías de la tierra; y las relaciones humanas, como tales, son emancipadas de la estricta necesidad económica; de allí que uno de los principales problemas del desarrollo es cómo hacer extensivas sus ventajas al mayor número de individuos y de ahí también, que al entrar en el mundo moderno en este período tardío, significa que un país debe pagar un precio mayor. Los campesinos emigran a las ciudades en busca de trabajos que o bien no encuentran, o se les excluye de ellos, porque son analfabetos o no tienen conocimientos.

Se considerará ahora el tipo de carácter social tradicional del mexicano y la problemática psicológica que le plantea el cambio. Se hará referencia a aquello de la estructura del carácter que es común a la mayoría de los mestizos que llamamos mexicanos o sea el núcleo esencial de la estructura

del carácter desarrollado como resultado de las experiencias básicas y los modos de vida, comunes de los mexicanos pasados y actuales.

La gente de la sociedad agraria es, en gran medida, lo opuesto a la gente de la sociedad industrializada. En efecto, para aquélla, la vivencia del tiempo es diferente: no es dinero, y como tiempo, lo disfruta: adquiere su noción de tiempo más por contacto con el clima, el sol, las lluvias, y otros ritos de la naturaleza, que por el reloj. Es conocido que la puntualidad no es rasgo del carácter del mexicano, quien además siente la disciplina del tiempo como sumisión a una autoridad, y respecto a toda clase de autoridades, el mexicano tiene una actitud ambivalente, que se verá más adelante. No le interesa trabajar con el fin de obtener más y más dinero; no porque no lo necesita, sino porque ha vivido tradicionalmente en una economía restringida, más o menos autosuficiente o consuntiva,⁹ en la que la familia ha sido y es aún en cierto sentido, una unidad económica de producción. Si es artesano o pequeño comerciante, se conforma con ganar más o menos para su vida y no tiene gran iniciativa, sometiéndose a lo que él cree la fatalidad de las leyes económicas; si gana más, no emplea el dinero en mejorar las condiciones materiales inmediatas de su existencia. No siente que puede ganar más por su trabajo mientras éste sea mejor, sino que espera más de la suerte, la ayuda o el protector, pues su actitud general hacia la vida es de receptividad y de dependencia. Es egotista, individualista, no tiene desarrollado el sentimiento de comunidad o de cooperación y presenta otros rasgos psicológicos más, que le hacen difícil el tránsito al modo de ser que requiere de él la industrialización.

Calificar estos rasgos de carácter como flojera, indolencia e irresponsabilidad, no es proceder justa ni científicamente.

Las sociedades en que está firmemente establecido el derecho de un grupo restringido a explotar al resto de la población, determinan un tipo de carácter cuya orientación es llamada, en el psicoanálisis humanístico, *receptivo-explotadora* o *autoritaria*. Históricamente, éste es el caso de la sociedad tradicional mexicana. El grupo explotado no tiene el poder de cambiar su situación, por lo que tiende a considerar a sus explotadores como proveedores, como los únicos de quienes podrá recibir todo lo que la vida le puede dar, y hasta como protectores. Aunque los explotados reciban poco, sienten que por su propio esfuerzo lograrían aún menos, ya que la estructura de su sociedad les impresiona, haciéndoles sentirse incapaces de reorganizarla y de depender de sí mismos, de su propia razón y actividad; por ejemplo, en 1957, según estudios de Ifigenia M. de Navarrete,¹⁰ mientras el 2% de la población mexicana disfrutaba del 32% de todo el ingreso nacional, el 77% de dicha población disponía de sólo el 38% de ese mismo ingreso. México es un país en donde los contrastes entre riqueza y miseria

son de los más notables y dramáticos.¹¹ Sólo que el mexicano *sí* ha intentado cambiar esa sociedad, con la guerra de Independencia, la Reforma de Juárez y principalmente con la Revolución de 1910. Por su carácter social tradicional pues, para el mexicano, la fuente de todo bien está en el exterior y la única manera de obtener lo que quiere o necesita —cosas materiales, amor, conocimiento o placer, es recibéndolos de esa fuente exterior. Esta receptividad es generalmente pasiva: espera ser protegido, ayudado, amado, aconsejado, etc., y, si es religioso, espera todo de Dios. En el aspecto explotador o autoritario de la bipolaridad dinámica, la fuente de todo bien es también exterior, pero los medios para satisfacer deseos o necesidades, no son pasivos, ya que el explotador y autoritario no espera recibir dádivas o protección, sino que arrebató o adquiere por medio de la astucia o de la autoridad, de la seducción, el manipuleo, la mordida, la corrupción.

En el campo de las relaciones interpersonales, estos dos polos caracterológicos propician la relación simbiótica, que no permite la independencia de ninguno de sus miembros. Evaden, inconscientemente, la angustia de soledad y resuelven sus otras necesidades psicológicas humanas, dejándose absorber, poseer, dominar; o absorbiendo, dominando, poseyendo. Lo primero es la raíz del masoquismo, y lo segundo, lo es del sadismo. Ambos modos de ser están mezclados tanto en la persona como en el carácter social, de manera que esas contradicciones y ambivalencias se expresan frente a la autoridad, el amor, el trabajo y las instituciones.

Repasando rápidamente las condiciones formativas del carácter tradicional del mexicano, se encuentra que la Conquista, si bien tuvo mucho de traumático, se facilitó por algunas semejanzas socioculturales. En efecto, en ambas culturas, la minoría constituida por gobernantes, clero y comerciantes, concentraba los poderes religioso, económico y político, y explotaba a la mayoría. La distribución de la tierra, los cacicazgos y los sistemas impositivos y autoritarios de los aztecas, facilitaron la instauración de las encomiendas y de los mayorazgos y posteriormente de la hacienda; la familia era de tipo patriarcal complejo en las dos culturas, existiendo en ambas una lucha de sexos, que en los aztecas se manifestó socialmente por lucha entre matriarcado y patriarcado, estudiada desde el punto de vista psicoanalítico por Aramoni,¹² quien además demuestra que en la religión azteca se expresó esa lucha entre madre y padre, por medio de diferentes figuras de diosas y dioses. Al llegar los españoles, la lucha había sido ganada oficialmente por el hombre (pero Cortés fue ayudado por un cacique, la Malinche); y psicológicamente continúa desde entonces. Los españoles substituyeron a los dioses aztecas con un Dios único, omnipotente y habitualmente cruel y autoritario, de manera que el Cristo no autoritario y amoroso, sólo fue conocido por algunos indios, gracias a la devoción excepcional y ejemplar de algunos

misioneros, que sí vivieron el cristianismo. Estos últimos, establecieron el culto a la madre en la figura de la Guadalupana, desde entonces madre de todos los mexicanos, y agregaron otras figuras de santos y vírgenes. Las conversiones a la nueva fe se hicieron en masa y miles de bautizos se realizaron a señas, pues no se disponía de una lengua común, y, por lo mismo, el ingreso a la nueva religión se hizo en pleno campo emocional, satisfaciendo la necesidad humana de fe y de devoción o religiosidad, más o menos por la fuerza, sin ninguna comprensión de los conceptos y preceptos predicados. La religión es todavía, para muchos mexicanos, una mezcla de temor, culpa, pecado, perdón y mecanismos de pensamiento mágico o afectivo.

El sadomasoquismo de los aztecas tuvo su pareja en la quema de indios y en el trato que el encomendero daba a sus esclavos. Las haciendas substituyeron a las encomiendas; requerían mucha tierra y muchos peones para la explotación, generalmente irracional, y sus dueños eran una escasa minoría. La hacienda formaba una especie de comunidad económica independiente, con iglesia, tienda, oficina de correos; cárcel, cementerio y a veces escuela. El hacendado disfrutaba de ingresos económicos con trabajo personal mínimo, y tenía la ocasión de ejercer autoridad ilimitada sobre sus humildes servidores, los peones, a quienes mantenía en estrecha dependencia económica, política y emocional. Era una especie de padre autoritario y explotador, aunque a veces podía ser bondadoso.

La Revolución de 1910 cambió radicalmente las condiciones sociopolíticas y económicas descritas, pero no ha cambiado con la misma radicalidad ni rapidez las estructuras psicodinámicas del carácter. El mexicano tiene ahora, gracias a la Revolución, un sentimiento de dignidad, de libertad y posibilidades de progreso; dispone de muchas más escuelas y otros medios de educación; dispone del seguro social; de la reforma agraria y de la legislación obrera; la reforma política, etc. Pero a pesar de ello y por desgracia, objetivamente sigue teniendo muchas dependencias de una minoría y muchas carencias materiales. Los cambios psicológicos son más lentos que los socioeconómicos; requieren una adaptación dinámica que como ya se dijo, implica cambios en la personalidad y éstos se realizan más por los tipos de carácter de los padres, los maestros, los políticos y las instituciones, que por la escuela o los consejos. Por esto el carácter del mexicano, conserva casi sin cambiar, muchos rasgos del tradicional, que se formó y funcionó durante la Colonia y en el México anterior a 1910 y se mantiene por la acción de la familia, institución social fundamental, a cuya psicodinamia se dedica aquí tema especial, pero sobre la cual se dirá algo, pertinente para esta exposición.

La familia nuclear sigue siendo de tipo patriarcal complejo, lo que se demuestra al considerar en ella las funciones de amar y de autoridad. Estas funciones están íntimamente ligadas en toda personalidad, son interdependien-

tes y forman una estructura dinámica o síndrome, de manera que el modo de amar implica un modo de ejercer autoridad, y viceversa. Los modos como el niño fue amado y fue tratado por la autoridad, provocan reacciones formativas del carácter. Respecto a la autoridad, oficialmente corresponde al padre ejercerla sobre esposa e hijos. La autoridad paterna, como la mayor parte de la ejercida en México, es de tipo irracional, se ejerce por el *status*, la posición, la jerarquía, el poder; pero no porque se *es* autoridad debido a la competencia o a la capacidad. Los métodos para someter a hijos y esposa varían: castigar físicamente o de otro modo; inspirar miedo; exhibir el propio poder; provocar admiración, seducir o manipular, manteniendo siempre dependientes a los hijos. El amor del padre está supeditado a la obediencia del hijo, de manera que éste es impulsado a demostrar su amor sometándose y siente que el hecho de amar, proteger y ayudar, concede el derecho de mandar, tal como oficialmente lo hace el padre con la esposa y los hijos. La actitud de la madre frente al padre, sin embargo, no es de puro acatamiento y sumisión. En la familia continúa la lucha de sexos, la misma pugna entre patriarcado y matriarcado.¹³ La madre disputa, consciente o inconscientemente, la autoridad del padre, funciona como intermediaria entre éste y los hijos, usándolo como amenaza para someterlos o defendiéndolos de él. El amor de la madre madura es incondicional; quiere a su hijo por el solo hecho de que es su hijo. En la familia mexicana no se llega aún a esa madurez, de manera que el amor maternal, si bien tiene mucho de maduro, también tiene mucho de posesivo y dominante y la lucha entre matriarcado y patriarcado se dirime en el campo de las relaciones con los hijos, sobre los cuales la madre ejerce autoridad y posesividad, fundamentalmente emocionales, manteniendo así la tradicional dependencia y fijación del hijo respecto a la madre.

Ante esas figuras contradictorias, el niño tiene que reaccionar con sentimientos también contradictorios o ambivalentes; las ama y las odia, las teme y les tiene confianza; se somete y se rebela, las respeta y las desprecia, se siente culpable e inocente. Casi siempre todo esto es experimentado inconscientemente y se expresa más o menos indirectamente. Influyen también las convicciones de los padres, su fe en la vida y en sí mismos, así como su capacidad de autocontrol; de manera que, finalmente, el niño internaliza figuras paterna y materna contradictorias, derivadas de los modos como ambas le aman y ejercen autoridad sobre él; de cómo ambos se aman entre sí y ejercen y acatan sus respectivas autoridades; y de cómo viven o no, su religión, sus convicciones, su fe en la vida y en sí mismos; cómo trabajan; etc. La familia es así una unidad en que los lazos de la sangre son muy fuertes y mantienen a los hijos fijados, dependientes, principalmente de la madre. Sin embargo, la familia representa también el núcleo más importante de

cohesión afectiva, de relación emocional, protector en cierta medida de la enajenación producida en la sociedad industrializada y es además, el único núcleo cohesivo en una sociedad de muy escasa cohesión.

Se puede comprender ahora la actitud general del mexicano frente a la autoridad, a todo tipo de autoridad: sumisión y rebeldía, acatamiento y oposición u obstruccionismo. De la autoridad espera protección y ayuda, en la actitud receptiva tradicional y no superada de su relación con la madre y el padre; esta receptividad y su correlativa dependencia de la autoridad, le permiten no ser responsable ante sí mismo ni ante los demás, pues espera ayuda del padre, del gobierno paternalista, del jefe, etc. y engendra problemas en el mexicano que se industrializa. También se siente explotado y víctima. Esto es con frecuencia cierto; pero no confiando en sus propias fuerzas, sigue esperando ayuda de la suerte, la lotería o los santos, o compensa dinámica e inconscientemente su situación, aspirando a ser él también explotador, autoridad; o siendo astuto, etc. Desarrolla un mecanismo particular de sumisión y rebeldía, en el que la sumisión es manifiesta, pero la rebeldía y la agresividad son reprimidas, inconscientes, y se expresan de manera indirecta, como resistencia pasiva a la autoridad, a las reglas; no comprendiendo lo que debe hacer o procediendo con aparente torpeza. Quizá se ha expresado también periódicamente, casi cada 50 ó 60 años, por medio de revoluciones o guerras civiles violentas y sangrientas, juntamente con las otras causas de éstas. Desplaza también su ambivalencia, hacia otros, capataces en la industria; y hacia el extranjero, recibiendo a este último con hostilidad y desconfianza, con admiración y entrega.

Respecto al amor, de sus relaciones con la madre el niño tipifica dos clases de mujeres: la madre buena, amorosa, protectora y sumisa al padre; ésta es la que busca después en la esposa, de la que espera sumisión no sólo a él, sino a su propia familia y en especial a su propia madre. A la esposa, "le da su lugar", le concede atenciones, consideraciones y privilegios compatibles con su ideal de la buena madre; la respeta incluso al grado de restringir su sensualidad y su voluptuosidad para no "pervertirla". También espera y recibe de la esposa algo de la madre temible, dominante y posesiva, de la que hay que defenderse y desconfiar o a la que hay que agredir, despreciar y dominar, con las naturales consecuencias en las relaciones maritales; este tipo de mujer lo encuentra mejor en la prostituta o en la amante, con la cual puede no ser respetuoso y "la puede mantener en su lugar", que es francamente secundario. *Mutatis mutandis*, situaciones y mecanismos similares se producen en la niña, que internaliza también dos figuras paternas contradictorias y dos tipos de mujer, con consecuencias similares y complementarias, que determinan la unión simbiótica mencionada antes, formada por un marido autoritario, posesivo, dominante y celoso de una esposa so-



metida, pasiva, relegada a los quehaceres domésticos; pero con la ambivalencia de ambas partes, también señalada antes. Además, la lucha de sexos, que es lucha por el poder, experimenta ahora los cambios que la industrialización acarrea en cuanto a emancipación de la mujer. El número de mujeres que trabaja en la burocracia, las fábricas, el comercio, etc., va en aumento y el control de la natalidad permite mayor libertad sexual a las mujeres.

No hay tiempo de considerar otros rasgos fundamentales del carácter social del mexicano, tales como el machismo, la mordida, la actitud frente a la vida y la muerte o la supervivencia de mecanismos mágicos, supersticiones, etc.; pero sí debe agregarse que los rasgos descritos condicionan la falta de fe del mexicano en los demás y en sí mismo, así como sus esperanzas fantásticas y poco realistas, su tendencia a la improvisación y la impresión que produce de provisionalidad; y todo ello expresa la misma conflictiva del carácter social.

Este es, fundamentalmente, consecuencia de la evolución socioeconómica, política y psicológica dispareja, y consecuencia también de los siglos de explotación, decepciones, quebrantamientos de la dignidad y de la masculinidad, abandono y frustraciones.

Por lo que a la medicina se refiere, la sociedad industrial hace de ella también una industria, no sólo en lo que respecta a la poderosa industria químico-farmacéutica, que en México se desarrolla también bajo la influencia extranjera, siendo además uno de los raros países en que algunos médicos se dedican a la fabricación y venta de medicamentos, es decir, son industriales; sino que la sociedad industrial ofrece una medicina institucional, así como un desarrollo extraordinario de las especialidades. Es obvio que esta medicina institucional y especializada, como muchos otros aspectos de la sociedad industrial, tiene muchas ventajas; pero también expone a los peligros de la deshumanización y de la burocratización, que ya son manifiestos en el país.

Finalmente, los rasgos descritos son negativos respecto al tipo de industrialización que se desarrolla en otros países y es obvio que la problemática disminuiría si fueran otras las condiciones de ese desarrollo. Esos rasgos negativos se complementan dinámicamente, con otros positivos, que se encuentran también en el mexicano; como por ejemplo, para la receptividad, la capacidad de aceptar, la flexibilidad, modestia, idealismo, cortesía, adhesión a principios humanistas, ternura, relación afectiva; y en el polo autoritario, por la capacidad de iniciativa, de reclamar, de confianza en sí mismo, además de las capacidades creadoras del mexicano, en diversos ámbitos del arte, la música, etc. Todas estas cualidades alejan al mexicano de la enajenación, el mercantilismo, la frialdad, la separación entre los seres de la sociedad industrializada; aunque la presencia de algunos de estos últimos

rasgos negativos puede verse ya, principalmente en las clases altas mexicanas y en los medios de difusión.

El problema básico es el de saber si México podrá disfrutar de los beneficios de una industria no deshumanizada y conservar en su carácter social aquellas cualidades positivas. A los médicos en general y a los pediatras en particular, corresponde el deber, y también el privilegio, de contribuir a que, como en otros aspectos de la vida social, México aspire a encontrar soluciones más humanistas a sus graves problemas. Este Seminario se agrega a otras actividades de los pediatras mexicanos, en ese sentido; y la influencia del pediatra humanista sobre el núcleo familiar, en la formación del niño —y por qué no incluir al adolescente— hacen la tarea o la misión del pediatra, ciertamente más difícil y más compleja, pero también más hermosa y atractiva.

REFERENCIAS

1. FROMM, E.: *The heart of man. Its genius for good and evil*. Harper & Row Pub. N. York, 1964.
2. DEKABAN, A.: *Neurology of infancy*. The Williams & Wilkins, Co. Baltimore, 1959.
3. MAGOUN, M. W.: *The waking brain*. Ch. C. Thomas, Springfield Ill., 1963.
4. FROMM, E.: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica. Méx., 1958.
5. FROMM, E.: *Ética y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica. Méx., 1957.
6. FLORES OLEA, V.: *América Latina frente a la sociedad industrial*. En: Fromm, E., Horowitz, I. L., Marcuse, H., Gorz, A. y Flores Olea, V.: *La sociedad industrial contemporánea*. Ed. Siglo XXI. Méx., 1967.
7. CEPAL: *El desarrollo social de la América Latina en la postguerra*. (Méx.), 1963.
8. HOROWITZ, I. L.: *Dilemas y decisiones en el desarrollo industrial*. En: Fromm, E., Horowitz, I. L., Marcuse, H., Gorz, A. y Flores Olea, V.: *La Sociedad industrial contemporánea*. Ed. Siglo XXI. Méx., 1967.
9. FOSTER, G. M.: *El carácter del campesino*. Rev. Mex. de Psicoan. Psiq. y Psicol. (1): 83; 1965. Fondo de Cultura Económica. Méx.
10. NAVARRETE, M. DE I.: *La distribución del ingreso y el desarrollo económico de México*. Esc. Nac. de Economía. U.N.A.M. (Méx.), 1960.
11. FLORES, A. M.: *La población económicamente activa de México*. (1964-1965). Siete tomos. Direc. General de Muestreo. S. I. C. México, 1965.
12. ARAMONI, A.: *Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo*. B. Costa-Amic. Ed. México, 1965.
13. MACCOBY, M.: *La guerra entre los sexos en una comunidad campesina mexicana*. Rev. Mex. de Psicoanal. Psiq. y Psicol. (4): 56; 1966. Fondo de Cultura Económica. Méx.

